Desde el siglo XIX nuestras letras expresaron conflictos de una sociedad multirracial, en cuyo diseño colonial mujeres y hombres esclavizados fueron imprescindibles para el desarrollo económico, aunque no valorados como personas por su piel negra, ni vistos como sujetos de derecho o parte de la cultura. Tal proceso de devaluación, ideológica y económicamente estructurado, encuentra resistencia en la cultura y en ciencias identificadas con la justicia social. Los textos que siguen ilustran cómo una parte de la creación intelectual cubana asumió dichos conflictos no desde una escasa perspectiva insular, sino en pleno diálogo regional y continental.

Nicolás Guillén publica en 1929 «El camino de Harlem», donde propone una cubanía sin los prejuicios de blancos ni las automarginaciones negras que dividían las fuerzas de la nación, y ofrece un modelo diferente al de los Estados Unidos: un proyecto que desde bases populares, diálogo social y esfuerzos políticos luchara contra las exclusiones, aportando razones culturales y jurídicas para alcanzar la igualdad. Es denuncia y temprana propuesta que obvia la idea de «mestizaje», entonces al uso y luego criticada por el efecto desmovilizador que provocó en la lucha contra la discriminación de negros e indios en la América Latina.

«Afroamérica, ¿la invisible?», de Nancy Morejón, es íntimamente indagatorio: allí donde advierte la mínima huella africana atravesando puertos, ciudades y periferias, nos revela la dolorosa profundidad y riqueza de tal presencia. Texto para leer en voz alta en aulas y comunidades, es actualidad y conciencia afrodescendiente en nuestra América. Y, también, un gesto solidario con el mundo indígena, cómplice del término Indoamérica, al reivindicar Afroamérica no como un limitado concepto aplicable al negro estadunidense, sino a todos los de las Américas, tornándolos más visibles aún.

La invisibilidad ha terminado. Ahora son otros los peligros: la moda académica, el mercado político, la fragmentación, la falta de alianzas con otros marginados y la escasa conciencia (racial, de clase, de género, etc.). La búsqueda de la igualdad es, a su vez, emancipación múltiple y descolonizadora; celebración afrodescendiente en el «perfil definitivo de América».

ROBERTO ZURBANO TORRES

NICOLÁS GUILLÉN

El camino de Harlem*

De Lino Dou, amigo a quien yo quiero como a un padre, son estas ideas:

> Nosotros los viejos, hemos hecho ya todo lo que debíamos por la raza de color. Vimos, en nuestra época, lo que entonces era más importante ver en el gran problema de las relaciones entre blancos y negros en Cuba, y a su resolución aplicamos todas las fuerzas de nuestro espíritu. Ahora, les toca a ustedes, a los jóvenes. Ustedes tienen que ver hoy, como vimos nosotros ayer, cuál es la arista que más puede herirnos, y limarla con la misma paciencia y el mismo entusiasmo que nosotros tuvimos.

Tiene razón Lino Dou. Ese es el deber actual de la juventud negra inteligente de Cuba. Siguiendo la huella trazada por Juan Gualberto Gómez, quien tuvo sobre sus hombros la doble labor de independizar a su patria, en lo político, y de elevar el nivel de su raza, de la raza negra, en lo político y en lo social.

Desde luego, inmediatamente salta una pregunta que no puede dejarse de formular: ¿Cuáles son los problemas de la raza de color, hoy, en la República de Cuba? ¿Es que después de dos grandes revoluciones contra España y después de la instauración de una patria libre, en cuya Constitución la igualdad entre todos los ciudadanos es dogma primordial, puede haber una cantidad de cubanos, por pequeña que ella sea, que se sienta diferenciada de la otra?

* Publicado en *Diario de la Marina*, el 21 de abril de 1929, este texto aparece en *Prosa de prisa (1929-1985)*, La Habana, Ediciones Unión, 2002, t. II, pp. 3-6.

Revista *Casa de las Américas* No. 264 julio-septiembre/2011 pp. 151-153

La respuesta es grave y, sin embargo, debe darse. Sí, señores, todavía tiene problema la raza de color en Cuba y todavía necesita luchar mucho para resolverlo. Todavía la igualdad no alcanza a todos los sectores de la vida republicana, y aún hay muchas trincheras, prematuramente abandonadas, donde es preciso seguir combatiendo contra prejuicios innumerables.

A veces pienso que el problema de las relaciones entre los blancos y los negros cubanos no tendrá resolución jamás. Pero es un pensamiento que desecho en el acto, porque lo creo inhibitorio como toda manifestación pesimista. Este problema debe resolverse, tiene que resolverse, y muchas circunstancias parecen indicarlo, sobre todo, por los grandes procesos que en ese orden se hacen diariamente. El hecho de que aún subsista, desgraciadamente, en un medio político de tan fraterno origen como el nuestro, no debe inspirar desaliento y, menos aún, hacernos desertar de una lucha que es realmente patriótica.

Sin embargo, tanto como el desaliento, puede sernos perjudicial a los hombres el optimismo exagerado, la creencia de que todo está «a la caja», de que vivimos en el mejor de los mundos, en la más democrática de las repúblicas, cerrando los ojos a las durísimas realidades ambientes. Hay que colocarse, pues, en el verdadero lugar en que nos han colocado; observar si ese es el que nos corresponde, por nuestra historia y por nuestro progreso, y, si no es así, avanzar seguramente hacia el plano que, a título de hijos de Cuba, debemos ocupar.

Hay en todo esto, no obstante, un obstáculo que importa orillar pacientemente, y es el de la hipocresía de los blancos y de los negros. Para el blanco –y hablo en sentido general, sin ánimo de mortificar a nadie– el negro es su hermano, sobre todo cuando se lo pregunta un negro; y para este, el blanco es su amigo entrañable, más que nada cuando tiene que hablar en presencia de un blanco. Pero todo esto es formal, epidérmico, casi siempre. Y este es uno de mis grandes dolores como negro y como cubano: hay muchas localidades de la Isla donde, a semejanza de lo que acontece en ciertas regiones *yankees*, los blancos y los negros transitan en los paseos públicos los días de retreta por zonas perfectamente delimitadas, cuya violación por cualquiera de ellos y, más que nadie, por los negros, da origen a verdaderos conflictos. Así me dicen que ocurre en Cienfuegos, y así ha estado ocurriendo en Camagüey hasta que el parque de Agramonte fue imposibilitado para pasear en él. Aquí mismo en La Habana, que por ser la capital de la República es la ciudad más cosmopolita y menos conservadora de la Isla, existen aún innumerables barberías adonde a un hombre de color, por fino, culto e inteligente que sea, le es imposible acudir, y si lo hace, se le pregunta ingenuamente si es del campo, o se le afirma con el mayor aplomo y sin que tiemble Maceo en su fastuoso monumento «que allí no saben arreglar ese pelo»...

Ya están funcionando en La Habana academias de baile para negros, en oposición a las academias en donde solo bailan blancos, fenómeno naturalísimo si se tiene en cuenta que de las primeras academias que se fundaron fueron excluidos los hombres de color. (Algunas mujeres pueden asistir). ¿Qué iba a hacer, pues, el negro, si quería bailar, él, que tanto gusta del baile? Reunirse con los suyos, aceptar la separación impuesta por el «hermano blanco», como la aceptó en el parque y en la barbería, y tratar de vivir y de bailar con los que tienen su misma pigmentación cutánea. Hay otras muchas actividades en la vida de relación cubana de las cuales está excluido el negro, probablemente solo por ser negro. Así es posible ver, por ejemplo, que en plena democracia republicana los hombres os-

curos, por mucha que sea su competencia técnica, están alejados de ciertas oficinas, como las bancarias y las ferrocarrileras. En mi pueblo, en ese Camagüey conservador y preocupado, algún tiempo después de la muerte de mi padre, estuve yo, casi bachiller, ya mecanógrafo y con más ortografía y conocimientos de redacción que muchos, tratando inútilmente de obtener una modesta plaza en las oficinas del Ferrocarril de Cuba, donde mi padre había tenido amigos, influencia y respeto. Muerto de hambre, con una preparación que no me servía más que para medir la intensidad de mi tragedia de negro cubano, tuve que trabajar de cajista en una imprenta de segundo orden, cuando un alma caritativa me dio a conocer, al cabo, que mientras no cambiara de color me sería imposible teclear en la más humilde de las «Underwood» de aquellos departamentos instalados en suelo de Cuba. ¡Y eso que yo soy un mulato bastante claro «y de pelo»! Esa empresa tiene muchos negros empleados, pero es en los talleres de mecánica, junto a las rojas fraguas ardiendo.

Y aun así, hay ciertos empleos que, subalternos y todo, no parecen ser muy propicios al negro. Digo esto, porque acabo de recordar que en todo el tiempo que llevo residiendo en La Habana no he visto un solo conductor de tranvía que tenga la piel oscura. Motoristas sí los hay, pero no sé por qué.

Todas estas cosas son ciertas, y cuando las digo no me anima más deseo que el de sacar a la luz muchos de nuestros males, desempolvarlos y exponerlos al sol de todos, de blancos y de negros, a ver si es posible que todos también, convenciéndonos de que no nos queremos tanto como decimos, nos apliquemos a la hermosa tarea de actuar un poco en cubano, sustituyendo los abrazos postizos y los artículos de banderitas por un mutuo respeto y por una definitiva comprensión.

Estamos preocupándonos exclusivamente de las formas, y tenemos verdadero terror en llegar al fondo del problema, que es grave. Insensiblemente, nos vamos separando de muchos sectores donde debiéramos estar unidos; y a medida que el tiempo transcurra, esa división será ya tan profunda que no habrá campo para el abrazo final. Ese será el día en que cada población cubana –a todo se llega– tenga su «barrio negro», como en nuestros vecinos del Norte. Y ese es el camino que todos, tanto los que son del color de Martí como los que tenemos la misma piel que Maceo, debemos evitar.

Ese, es el camino de Harlem.

ROBERTO DIAGO: *Tú en el cielo yo en la tierra*, 2003 (detalles). Técnica mixta, 200 x 150 x 7 cm





NANCY MOREJÓN

Afroamérica, ¿la invisible?*

Para Natalio Hernández, poeta náhuatl de México

La insuficiencia del término América Latina, aunque funcional y totalizador, creó en varias escuelas antropológicas de nuestra América definiciones parciales de, al menos, aquellas zonas del Continente cuya esencia está marcada por el predominio de indios, negros o europeos. Difícil tarea que aún hoy ocupa buena parte del pensamiento y de la reflexión necesarios a nuestra propia historia, más allá de que conmemoremos y no celebremos el advenimiento del Quinto Centenario.

Amerindia, para decirlo con palabras de Miguel León-Portilla, «la América en que perduran los indígenas»,[1] es una vasta y clara noción de la América que depredaron los europeos desde su primera llegada al Nuevo Mundo, en 1492. Diseminada desde la isla Baffin, en Groenlandia, hasta las costas de la Patagonia, Amerindia configura las culturas originarias de esta parte del hemisferio occidental. Su historia es la de nuestros padres, aquellos que fundaron el ser común y la memoria colectiva nuestros. El destino trágico amerindio dio paso a la aparición en nuestras tierras de lo que también ha sido definido, desde entonces, como Afroamérica. No vale la pena entrar en la vieja y absurda polémica de la responsabilidad del padre Las Casas en la instauración de la trata de esclavos africanos y, por ende, de la esclavitud. Leyes inexorables de evolución social, es decir, del hecho irreversible que fue la expansión europea calzada por el proyecto de

* Publicado originalmente en la revista *Casa de las Américas*, No. 188, jul.-sept. de 1992, pp. 60-63.

1 Miguel León-Portilla: «La América Latina: múltiples culturas, pluralidad de lenguas», *Casa de las Américas,* año XXXII, No. 185, oct.-dic. de 1991, p. 32.

Revista *Casa de las Américas* No. 264 julio-septiembre/2011 pp. 154-158

la naciente sociedad capitalista, consumaron el espanto que constituyó el trasplante desde las costas de África occidental de millones de esclavos negros. Tampoco es el momento ahora y aquí de volver sobre algunas anécdotas reiteradas a lo largo de toda la literatura de los cronistas de Indias en relación con la presencia de esclavos africanos que ya habían venido a América en las hordas de los conquistadores desde el siglo XVI. José Luciano Franco ha dado fe de esta presencia en la isla de La Española y, luego, en lo que iba a ser Santo Domingo.

Parafraseando, pues, a León-Portilla, me gustaría adscribirme a una noción de Afroamérica similar a la que usó el maestro mexicano para nuestros indígenas. De modo tal que Afroamérica sería, naturalmente, una consecuencia de Amerindia y, al mismo tiempo, habría que describirla como «la América en que perduran los africanos traídos como esclavos y sus descendientes». La idea de León-Portilla guarda una evidente distancia de cualquier nomenclatura de índole geográfica. La Amerindia que sobrevivió al saqueo y al exterminio perdura de múltiples formas, bien transculturada, bien como firmes focos de resistencia cultural en el transcurso de estos quinientos años de incertidumbres, soledades, amarguras y vocaciones irreductibles de emancipación. A la noción de Afroamérica que me ha gustado rescatar le ha ocurrido algo parecido. Si bien es ocioso recordar que el corazón de Afroamérica reside en el ámbito del Caribe –asumido su nombre de la etnia caribe, una de las primeras que confrontó el llamado «descubrimiento» y la horrorosa Conquista–, no estamos mal encaminados si reconocemos su variada esencia extendida hacia las costas de Tierra Firme que van desde el sur de la Florida hasta la provincia brasileña de San Luis de Maranhão, pasando por el arco de la América Central. Una experiencia histórica común que se expresa en el establecimiento de una economía de plantación, así como de la implantación por la fuerza de un sistema esclavista sustentado en el turbio comercio del tráfico negrero, en los esclavos coloniales correspondientes a las guerras de rapiña de las respectivas metrópolis europeas, en una desigual dependencia. Un denominador común a Afroamérica es la hegemonía de conflictos raciales, culturales, muchos de ellos también alimentados por los incesantes movimientos migratorios que se han constituido en fehaciente característica de la región hacia el Continente y viceversa.

Afroamérica, no obstante, está diseminada, como Amerindia, por todo el Continente. Centros enormes se advierten en toda la América del Norte, particularmente en los Estados Unidos; en buena parte de la América del Sur, teniendo como reino visceral a la República de Brasil, principalmente en la legendaria ciudad de Bahía. Afirmé que imaginaba al Caribe como el corazón de Afroamérica. Esa misma afirmación debe llevarnos a una saludable duda o, más bien, debe empujarnos a revisar ciertos mitos en relación con la diáspora afrocaribeña. Si el haitiano Jacques Roumain hizo cristalizar esta realidad sociohistórica en sus hermosos versos:

África he conservado tu recuerdo África
tú estás en mí
como la astilla en la herida,
como un fetiche tutelar en el centro de la aldea[2]

fue porque, en el Caribe, era imposible hablar de identidad sin dilucidar el papel que en ella había desempeñado el componente africano. Sin embargo, ni el Caribe es una cola de tigre africano, ni es la única reserva, ni el único depósito, ni el más auténtico

2 Citado por Nancy Morejón: «Imagen de Jacques Roumain», *Fundación de la imagen*, La Habana, Letras Cubanas, 1988, pp. 213-214.

enclave de lo que conocemos como Afroamérica. En una recóndita provincia mexicana existe la ciudad de Cuijla, un refugio intemporal de esclavos africanos que sin llegar a constituir un palenque, un galerón o un quilombo, representa ese amor a la independencia y a la libertad que muchos africanos hicieron reverdecer en el carácter moral de los latinoamericanos. Los estudios que Gonzalo Aguirre Beltrán nos legara sobre esta comunidad de Cuijla comprueban la excepción por la regla. En Nueva Escocia, Canadá, alienta una inmensa población negra, de origen africano que, desde el siglo XVIII, se estableció en esas latitudes provenientes en su mayoría de Sierra Leona. Años atrás, cuando exhibíamos en nuestros salones una exposición fotográfica que nos donara el Instituto Schomburg, de Nueva York, con el tema «negros esclavos del siglo XIX», descubrimos un tesoro testimonial de rostros, gestos, andares y actitudes de esclavos domésticos, de negros curros, de negros libres, atareados en faenas mercantiles cuyos quehaceres pululaban en centros urbanos suramericanos tales como Buenos Aires, Montevideo, Esmeraldas, Cartagena de Indias, entre otros. No solo el puerto de La Habana, ni Santiago de Cuba, ni Santiago de los Caballeros, ni Santa Marta, ni Barlovento fueron emporios de Afroamérica. Los monos de San Telmo también fueron testigos de tangos ancestrales en cuya raíz late el espíritu vivo de los negros americanos.

Afroamérica es diseminación, compartimento y voluntad. Cabezas ondeando entre las olas de los barcos negreros de donde nacieron las escuelas de samba, los sones, las plenas, las rumbas, los merengues, el *reggae,* los *blues* y el jazz que nos colocan, sin esfuerzo ni programa alguno, a la vanguardia de la música popular del universo, con esa riqueza y ese ingenio creadores solo factibles en este, nuestro Nuevo Mundo. El vodú haitiano, el candomblé brasileño, la santería cubana han nutrido durante siglos muchos denominadores comunes de África en América.

Quería volver sobre el término que es válido y nos ayuda a marcar «el perfil definitivo» que Nicolás Guillén avizorara en 1931. Afroamérica existe; es tangencial, audible, movible. Hemos estado hablando durante largos años de un África ancestral, de una diáspora enriquecedora también que, sin embargo, no puede ni debe suplantar la gestión y el papel que la nación desempeña en la historia continental contemporánea. Unidad y diversidad. Originalidad de cuajo en un intercambio, en una interacción de «pueblos nuevos, de pueblos trasplantados», como ha pedido el querido Darcy Ribeiro.[3] Cuba, Haití, Brasil, Jamaica son legítimas entidades afroamericanas cuya funcionalidad se muestra por sí misma y por la innegable existencia de una nación que no puede dejar de percibir las diferencias raciales, culturales, que todavía empañan el escenario de nuestros sueños. El arte popular de estos cuatro países, aun sus artes plásticas, tradicionales o de experimentación, ostentan un sello que pertenece enteramente a la legitimidad de ese síndrome afroamericano cuyo crisol es la música. Desde la pintura de Wifredo Lam a los *vevers* del arte naif haitiano hasta el espontáneo diseño de los altares religiosos –verdaderas apologías del talento plástico de estas culturas afroamericanas–, nos demuestran la vehemente existencia de un canon estético afroamericano.

¿Dónde se vuelve Afroamérica invisible? ¿Dónde se procede a implantar un proceso de desconstrucción irracional que duda y niega de esa corporeidad afroamericana? Lamento tener que reconocer que en el plano del lenguaje, en el discurso literario

3 Darcy Ribeiro: *Las Américas y la civilización,* La Habana, Casa de las Américas, 1992.

hispanoamericano, incluido naturalmente su respectivo ámbito caribeño, se ha producido un vacío, un silencio que ha hecho «un gran ruido», como reza el proverbio yoruba. Si bien es cierto que muchas Áfricas conforman Afroamérica y que solo desde la perspectiva afroamericana podemos lanzar un proyecto de investigación multidisciplinario que aprehenda la verdad histórica africana en nuestros días, no es menos cierto que el espacio literario en nuestras fuentes tartamudea o apenas alcanza una huella preciosa. La gran literatura afroamericana ha tenido tres momentos en lengua española: la novela abolicionista del siglo XIX, el movimiento negrista de los años treinta y cuarenta (léase afrocubano, afroantillano, negroide) y la historiografía nacional que buscó en el estudio de las raíces de la economía de plantación, en la historia del azúcar, en el cimarronaje, las claves de la nacionalidad cubana. Necesitamos una literatura que, inspirada en el modelo universal que es la poesía de Nicolás Guillén, aborde tópicos y asuntos de los negros y las negras de América en una perspectiva nacional y contemporánea. La imagen de estos seres humanos, afroamericanos, debe abandonar el cliché que la literatura abolicionista, sin ser ella misma culpable, dejó en nosotros. Afroamérica no es solo el batey, el ingenio, el cepo y los azotes, el quitrín y el calesero; Afroamérica no es solo Changó y Oshún crepitando de sensualidad en el monte; Afroamérica no solo es el machete redentor de la manigua liberadora; Afroamérica es la continua pregunta, el perdurable «enigma entre las aguas»: de dónde vamos, quiénes somos, de dónde hemos llegado. Afroamérica es una encrucijada de dolor que concierne a todo el Continente, a todas sus capas, a todos sus sectores, a sus fuerzas vivas. Raza y clase se han mantenido arrasando muchos de nuestros mejores valores. Negros y negras de la América Latina, de Hispanoamérica, deberán encontrar su justo lugar, ejerciendo la identidad ingente de su historia, alertas ante las trampas de la enajenación criollista que niega sus orígenes en nombre del progreso, la sofisticación tecnológica y muchos cantos de sirenas. No debemos repudiar el presente. No es justa una apreciación de África como tierra de Jauja, esa África mítica que la norteamericana Alice Walker desmantela en sus mejores textos.

Siempre recurriré a Nicolás Guillén para entender este fenómeno. Para Guillén el descubrimiento, el hallazgo de la presencia africana en su ser era una esencia, un modo de identificación con uno de los componentes de nuestra nacionalidad, el que le propicia su definición más acabada porque le brinda, así, una precisa conciencia de clase. ¿Cómo asfixiar, entonces, la lícita urgencia histórica y hasta la existencia del poeta en el instante en que ambiciona la más activa realización de su personalidad?

¿No tengo acaso
un abuelo nocturno
con una gran marca negra
(más negra todavía que la piel),
una gran marca hecha de un latigazo?
¿No tengo pues
un abuelo mandinga, congo, dahomeyano?
¿Cómo se llama? ¡Oh, sí, decídmelo!
¿Andrés? ¿Francisco? ¿Amable?
¿Cómo decís Andrés en congo?
¿Cómo habéis dicho siempre
Francisco en dahomeyano?
En mandinga, ¿cómo se dice Amable?
¿O no? ¿Eran, pues, otros nombres?
¡El apellido, entonces![4]

4 Nicolás Guillén: «El apellido», *Elegías*, La Habana, Editorial Uneac, 1977, p. 107.

El indio y el negro de América son un enclave, un enclave de alianza. La palabra de nuestras culturas originarias, no por importadas menos originarias, decidirán el destino común de una América sin prefijos, sin imposturas, múltiple, independiente. Nuestra escritura, hija de nuestro comportamiento moral, deberá definirse en relación con la historia, nuestra historia, esa que incluye la colectiva y la personal como polos complementarios de una misma factura, como quería el Che, en espera del siglo XXI. **C**



MANUEL MENDIVE: de la serie *Las tinieblas*, 2010.
Acuarela/tela, 111 x 143 cm